

PATRICIA OWENS, *Between War and Politics. International Relations and the Thought of Hannah Arendt*, Oxford University Press, Oxford, 2007. 234 páginas.

Todo estudiante de relaciones internacionales se habrá preguntado por qué la disciplina no ha logrado superar las divisiones internas entre teorías y enfoques diferentes, que prefieren elegir cada una una sola dimensión o lente para comprender el mundo, cuando lo más provechoso sería utilizar todos los factores explicativos y establecer puentes entre las diferentes corrientes para hacer análisis más profundos y complejos.

Patricia Owens decide adoptar las ideas de Hannah Arendt para enriquecer el debate en el seno de las relaciones internacionales, y sobrepasar esas barreras entre teorías y corrientes. Su obra hace una lectura muy cuidadosa y profunda de Hannah Arendt, para encontrar los elementos de su pensamiento que versan sobre relaciones internacionales, en particular sobre la guerra y la política internacional. Es encomiable este esfuerzo por iniciar un diálogo crítico entre los textos de Arendt y las diferentes corrientes y enfoques de las relaciones internacionales, una labor que puede enriquecer tanto a esta disciplina como a los estudiosos de la pensadora alemana y su particular teoría política.

Algunos enfoques de las relaciones internacionales se han disputado el legado de Arendt o se han declarado sus seguidores, pero este libro permite entender por qué no es posible encasillarla en ninguno de ellos. Definitivamente, no es por falta de material arendtiano sobre temas inter-

nacionales, sino debido a la independencia intelectual de sus ideas y posiciones, que se resisten (como se resistió ella en vida) a la clasificación, y que presentan retos que deberían ser considerados por todas las vertientes de las disciplinas interesadas en la política.

Así, *Between War and Politics*¹ intenta demostrar (con bastante éxito) que Hannah Arendt inició una sofisticada teoría política de la guerra, en contra de opiniones corrientes que consideran que sus escritos sobre este tema no constituyen un cuerpo coherente o sólido. Simultáneamente, Owen busca puntos de encuentro y de divergencia entre esta teoría y los representantes de los principales enfoques de las relaciones internacionales (realistas, liberales, constructivistas, de la teoría crítica, marxistas).

Resulta fascinante comprender que la guerra no fue para Arendt únicamente un evento de importancia biográfica, sino la fuente de sus reflexiones más importantes. Efectivamente, toda la teoría política de Arendt está basada en hechos históricos, tanto antiguos como modernos, y no en preocupaciones abstractas o de la historia de las ideas. Pero en particular, su teoría es una respuesta a las guerras de su tiempo.

A esa relación de Hannah Arendt con la historia dedica Owens parte de su análisis, declarándola la heredera de Tucídides, Homero y Heródoto, por su preocupación por reflejar los puntos de vista de la plura-

¹ [Entre la guerra y la política].

lidad de posibles observadores, aún sin interesarse en ser historiadora. Ella usa la historia como fuente de ejemplos y lecciones; no por casualidad, lo mismo hace Owens, utilizando ejemplos de la política internacional contemporánea para aclarar las diferencias y matices entre las diferentes posiciones y los aportes de Arendt.

Una contribución especialmente relevante de este libro es la tarea, emprendida con rigor, de deshilvanar las diferencias y relaciones que establecía Arendt entre los conceptos de guerra, violencia, poder y política. Se explicarán las principales consideraciones al respecto, pues son la base de la teoría que se va perfilando a lo largo de este trabajo.

En primer lugar, se plantea la diferencia que se encuentra en los textos de Arendt en cuanto a su uso de los conceptos de violencia y guerra. La primera es un fenómeno, mientras la segunda es una práctica social. No obstante, ambas son de carácter instrumental y tienen un aspecto trágico, al producir muerte y destrucción. La guerra y la violencia se diferencian del poder, en tanto éste último es una potencialidad y una capacidad del grupo que no es acumulable, y que es un fin en sí mismo, no un instrumento.

La guerra, en fin, es diferente de la política: se basa en la coerción y en la relación de obediencia, mientras la política es sinónimo de libertad y de aparición frente a otros

iguales; aquélla es destructiva, mientras la política es la creación de algo nuevo². La política para Arendt se basa en la metáfora del nacimiento, opuesta a la muerte, pero también a la vida como valor superior³.

Esto no excluye la existencia de conflicto y enfrentamiento no violento en la política, que por lo demás puede darse tanto en la paz como en la guerra. Hay dos sentidos en que la política puede coexistir con la guerra. En primer lugar, en la medida en que la guerra se trata de justificar a través del discurso, se hace política, pues acude al espacio político y se reconoce como medio del que el fin es la política. Éste se entiende como el espacio en el que existe la política, “el espacio potencial de aparición entre hombres actuantes y hablantes”⁴. No se puede crear el espacio público en el sentido de fabricar (que implica además una dosis de manipulación violenta), pues cuando se inicia libremente no se sabe cómo terminará, está indeterminado.

En segundo lugar, Hannah Arendt encuentra ejemplos de actos de libertad política durante las guerras, tales como los actos de resistencia frente a la dominación por los cuales un grupo de personas se organiza para defenderse, y crea un espacio político o público. Requiere de coraje salir del espacio privado, en particular si se hace en las difíciles condiciones de una guerra, pero el coraje es diferente a la temeridad.

² Para una comprensión más detallada del concepto de política y espacio público de Hannah Arendt, véase: Javier ROIZ, *La teoría política de Hannah Arendt*, Working Paper núm. 208, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Barcelona, 2002.

³ El valor superior, para ella, sería la supervivencia de la comunidad política, del mundo entendido como el espacio público. La vida individual, aunque valiosa, es menos importante que esto para Arendt, posición que ha dado origen a malentendidos.

⁴ Hannah ARENDT, *The Human Condition*, University of Chicago Press, Chicago, 1958, p. 200.

La acción política revela así un *quién*; las personas a través del discurso descubren quiénes son, su carácter único (cap. 2).

Así, la guerra y la violencia son medios que necesitan justificarse con palabras y en ese acto es cuando pueden devenir políticos. El poder y la política son fines en sí mismos, no necesitan una justificación, pero no son sinónimos como querría la tradición realista. La relación entre todos estos conceptos es, sin embargo, compleja: la guerra resulta de relaciones políticas, pero amenaza con destruir la política, la niega.

En la misma línea, el libro analiza las relaciones entre el derecho y la guerra (cap. 5), recogiendo las diferencias que identificó Arendt entre el *nomos* griego y la *lex* romana, donde la segunda no separa sino que relaciona y permite incluir a otros, ampliar la comunidad política. El *nomos* griego encierra a la comunidad dejando la violencia y la guerra en el exterior, pero por esto mismo sus guerras nunca son políticas, en tanto las guerras romanas son políticas, en la medida en que terminan en un pacto, es decir, crean un nuevo orden político y jurídico que incluye al hasta entonces enemigo.

El análisis de las posiciones liberales, realistas y constructivistas con respecto a esta relación entre derecho y guerra, se presenta a través del debate sobre la guerra en Iraq y el concepto de responsabilidad política y la analogía con las posiciones de Arendt sobre la guerra colonial.

De esta manera, queda la imagen muy clara sobre los aspectos de la guerra que no son reconciliables con la política desde la perspectiva de Arendt: así como la gue-

rra en la era nuclear ya no puede ser vista como la continuación de la política por otros medios (*à la Clausewitz*) porque lleva al exterminio de la política misma; lo que Arendt considera más contrario, más inaceptable desde el punto de vista político, no es la guerra ni la crueldad (como para los teóricos liberales), sino el genocidio y la aniquilación, porque esos actos acaban con la pluralidad que es la condición de posibilidad de la acción política, acaban con el mundo político que existe entre los seres humanos.

Adicionalmente al estudio de estos conceptos, que es de alguna manera transversal a todo el trabajo, se destacan las consideraciones más puntuales de los últimos capítulos. Una de éstas se refiere al vínculo que establece Arendt entre imperialismo y totalitarismo. Owens se encarga de señalar lo descuidado que ha sido éste en los estudios de relaciones internacionales, que separan analíticamente el siglo diecinueve del veinte, perdiendo así la capacidad de comprender las continuidades. La diferencia principal, que hace único al totalitarismo, es que dejó de tener una justificación instrumental para la violencia; ésta era arbitraria porque no había necesidades militares que justificaran el genocidio: “when imperial violence migrated into the heartland of Europe and was allied with Nazi ideology its character and breadth changed” (p. 66).⁵

Igualmente interesantes son las consideraciones referidas a la relación entre ética y política. Estos temas incluyen la discusión contemporánea sobre la hipocresía en las guerras de defensa de los derechos humanos

⁵ [Cuando la Guerra imperial migró al continente europeo y se alió con la ideología Nazi su carácter y amplitud cambiaron].

(cap. 6), y las reacciones de ira (*rage*) contra esa hipocresía, que pueden ser tanto o más violentas: “Only when our sense of justice is offended do we react with rage” (p. 99)⁶.

Así mismo, incluyen un análisis sobresaliente sobre el papel de la ética (y de paso de la filosofía) en la política, a través del estudio de la ideología neoconservadora. Dentro del mismo se señala que, si bien Hannah Arendt coincidió en una parte de su trayectoria con Leo Strauss, en el plano teórico tienen puntos de partida muy diferentes para explicar el papel de la ética y la ideología en la acción política, ya que Arendt no considera la política de forma teleológica, sino como la puerta a lo impredecible, a la creación de algo nuevo. Vale la pena detenerse en la lectura que hace el libro de los actuales neoconservadores y su visión que termina por estrellarse con la realidad factual.

Finalmente, no podría haberse dejado fuera un diálogo con la postura de Jürgen Habermas en cuanto a la creación de un público global o de una sociedad civil cosmopolita, y su justificación problemática de algunas guerras por motivos humanitarios, que entrañaría desde la perspectiva arendtiana (de Owens) una “violent production of a global public, founding through war” (p. 135)⁷.

Este libro resulta refrescante en el panorama de las relaciones internacionales, donde las diferentes corrientes han mantenido un diálogo de sordos y las

voces que no encajan han sido cooptadas o minimizadas. Definitivamente Hannah Arendt tenía mucho que decir, y lo dijo, sobre los temas de interés de la política internacional, y Patricia Owens es muy respetuosa en su utilización de esas ideas de Arendt para aplicarlas a este contexto y a los problemas contemporáneos.

No está de más anotar, sin embargo, que el libro gira, como su nombre lo indica, en torno a la guerra como hilo conductor y como gran tema de las relaciones entre Estados, y en esa medida podría ser susceptible de una crítica de las corrientes de relaciones internacionales que privilegian otros temas de la agenda internacional por encima de éste, como los constructivistas y posestructuralistas. Pero como señala Owens: “War and revolution remain the basic political experiences of our age, as they were of Arendt’s” (p. 31)⁸.

No obstante, el lector descubrirá de la mano de Owens que se ha descuidado hasta ahora ese aporte de Arendt a la comprensión de la guerra, que va más allá del estudio de las revoluciones y de la guerra total y se puede extender a los principales temas de la “agenda” internacional actual, y los estudiosos de las relaciones internacionales podrán sin duda enriquecer su visión de estos asuntos a partir del concepto de acción política y de la sugerente *teoría política de la guerra* de Arendt.

CAROLINA ISAZA ESPINOSA

⁶ [Sólo cuando nuestro sentido de la justicia se ve ofendido reaccionamos con ira]. ARENDT, *The Human Condition*, p. 160.

⁷ [Producción violenta de un público global, fundado a través de la guerra]

⁸ [La guerra y la revolución siguen siendo las experiencias políticas básicas de nuestra era, como lo fueron de la de Arendt].